

Volver a empezar

JOSÉ ANTONIO BARRENA

Socio y director general de Norgestión

Han pasado casi cuatro meses desde que el 14 de marzo entrara en vigor el estado de alarma. En este tiempo hemos vivido situaciones que ni las mentes más retorcidas hubieran imaginado. Sin embargo, en unas semanas hemos pasado de un estado de confinamiento estricto y una restricción de la movilidad extrema a una aparente normalidad que coincide con el comienzo del verano y lo que ello implica: calles llenas, terrazas a desbordar y playas abarrotadas. Si la situación era de una alarma generalizada, poco después el optimismo parece haberse adueñado de nuestras vidas, teniendo en cuenta de donde veníamos: fábricas paradas, comercios cerrados y el consumo bajo mínimos.

Los aeropuertos ya han comenzado a recuperar su actividad, muchos hoteles abren sus puertas expectantes para recibir a los primeros visitantes y la gran mayoría de la industria, sector esencial en nuestra economía, se encuentra operativa si bien, y dependiendo del sector, a distintos niveles de intensidad. Los bancos centrales han acudido al rescate de la economía insuflando liquidez a niveles nunca vistos. La banca ha actuado de correa de transmisión haciendo llegar esta liquidez a los balances de las empresas y a las economías familiares, actuando de torniquete con el que detener la hemorragia que estaba produciendo el parón de la actividad en nuestra economía.

Y es que hemos vivido un receso en la economía global como no se vivía desde la época de la Gran Depresión en los años treinta. Esta crisis sanitaria ha sido global, afectando a todos los continentes por igual. Primero Asia con China en el epicentro, luego Europa y más tarde América, provocando caídas trimestrales del PIB mundial por encima del 3%. En España el daño es aún mayor por el peso en el PIB nacional de dos sectores que han salido muy mal parados de esta crisis, el sector turismo



(12,5% del PIB nacional) y el sector automoción (con otro 10%).

Así, el FMI en sus últimas previsiones estima una caída generalizada del PIB para 2020. En España prevén que sea del 12,8%, en la zona euro del 10,2%, en las denominadas economías avanzadas del 8,0% y en las economías de los mercados emergentes y en desarrollo auguran un retroceso del 3%. Pero también se atreven a vaticinar una posterior recuperación relativa que, siguiendo el mismo orden anterior, en España será del 6,3%, en la zona euro del 6,0%, en las denominadas economías avanzadas del 4,8% y en las economías de los mercados emergentes y en desarrollo del 5,9%. A nivel global, el PIB mundial se reduciría un 4,9% en 2020 y crecería un 5,4% en 2021, con las economías asiáticas, y en particular la china, como principales motores. Eso sí, un nuevo rebrote de la pandemia, un retraso en la comercialización de las vacunas o una caída agudizada del consumo por falta de estímulos fiscales no haría sino agravar la situación y generar una crisis aún más profunda.

En escenarios de caída del consumo son demandadas políticas fiscales expansivas que inviten a incrementar la inversión público-privada y a generar un aumento de la actividad, provocando así un mayor retorno a las arcas públicas vía recaudación de impuestos. Aquí es donde me temo que vamos a chocar con la cruda realidad, y el elevado endeudamiento que arrastran nuestras instituciones, agravado por el efecto Co-

vid-19, solo permite a la administración pública actuar sobre la línea de los ingresos, esto es, mayor recaudación fiscal, que ante un escenario de menor actividad solo puede implicar subida de impuestos. La otra opción pudiera ser actuar sobre la partida del gasto, construyendo una administración más eficiente, eliminando el gasto superfluo, algo sin duda recomendable de ser analizado en momentos de baja recaudación como los actuales.

En la actualidad contamos en Gipuzkoa con un tejido empresarial mucho más preparado para afrontar estos tiempos difíciles que el existente en el periodo 2008-2015, tras el estallido de la crisis subprime. En aquel momento se trató de una crisis financiera y de liquidez, con un sistema bancario mucho más débil y en entredicho y unas empresas que no podían contar con financiación bancaria para crecer. Hoy nuestras empresas son más internacionales, están menos endeudadas y son más eficientes en la gestión del capital. Pero no son inmunes al parón global de la actividad. La reactivación de mercados clave como China, USA, Alemania o Francia resultan fundamentales para generar actividad y comenzar a engordar las carteras de pedidos que han sufrido un deterioro importante en estos últimos meses. Y, si cabe, ahora más que nunca el alineamiento de intereses entre los agentes sociales, los empresarios y la administración pública resulta fundamental para reactivar la actividad, ya que si no lo hacemos nosotros lo hará nuestra competencia internacional.

Sin duda, merece la pena ser optimistas. Hoy estamos mejor que hace dos meses y seguro que peor que a finales de año. Y aunque estemos ansiando que se acabe este 'annus horribilis', todos debemos mentalizarnos de la faena que nos aguarda para lograr una recuperación exitosa. La tarea será ardua, pero estoy convencido de que lo conseguiremos.